

## DISTRIBUCION DE LOS MATERIALES ANTRO- POLOGICOS EN LOS MONTICULOS DE SANTIAGO DEL ESTERO

Por JOAQUIN FRENGUELLI

Hace dos años traté de demostrar que los llamados "túmulos" a orillas de los ríos que cruzan la provincia de Santiago del Estero, no eran construcciones artificiales levantadas por antiguos indígenas para cubrir sus sepulturas, sino construcciones naturales que fueron aprovechadas por prehistóricos recientes, como lugar preferido de vivienda y entierro (3). A la sazón, mis conclusiones se basaron sobre el análisis de los caracteres morfológicos y estructurales de estos montículos, de su distribución geográfica y de su edad geológica.

Hoy trataré de llegar a las mismas conclusiones examinando las relaciones de distribución de los materiales antropológicos enterrados en los montículos mismos. Me brinda esta posibilidad la feliz circunstancia de que, en los dos años transcurridos, por seis y ocho meses, respectivamente, por mi indicación y bajo mi vigilancia, la Subcomisión científica de la Comisión nacional para la medición de un arco de meridiano argentino, a cargo del señor Rodolfo Maldonado Bruzzone, realizó excavaciones amplias, metódicas y prolijas, en las localidades que, pocos kilómetros al norte de Beltrán (Santiago del Estero), los lugareños distinguen con los nombres de Huillacatina y Coro-aspina.

Las localidades recién mencionadas, adyacentes entre sí, hoy pobladas de malos ranchos de cultivadores criollos, entre los restos de un bosque chaqueño intensamente talado, ocupan

una ancha zona a la izquierda del río Dulce, unas cuatro leguas aguas abajo de Santiago del Estero, en su totalidad ondulada por una sucesión continua de leves depresiones y elevaciones,

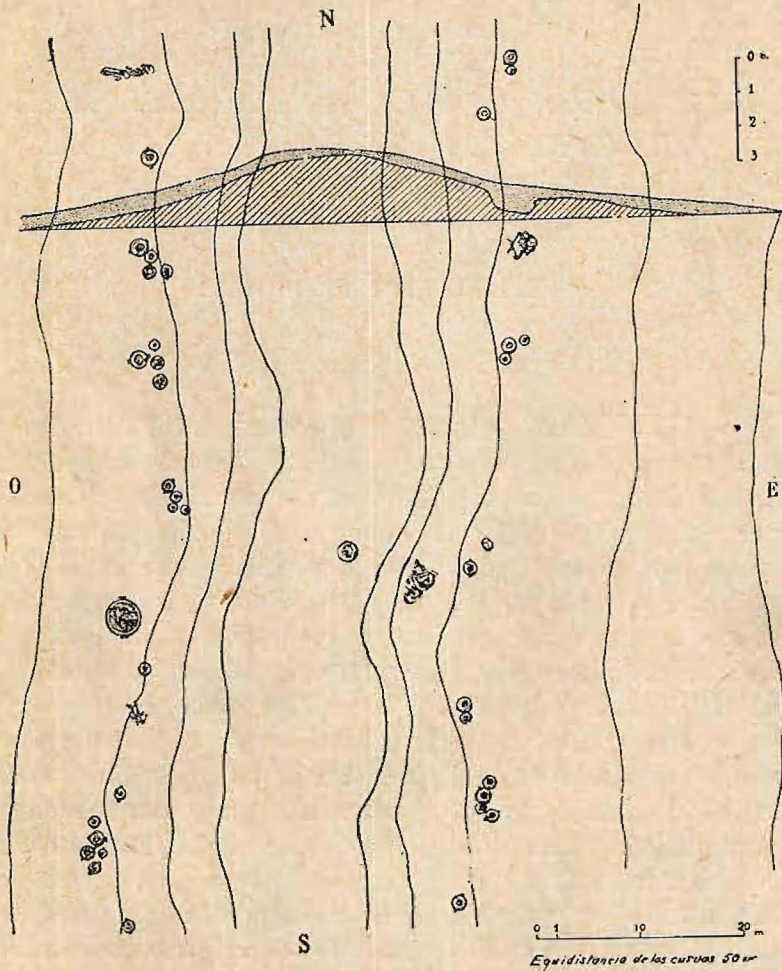


Fig. 1.

Croquis esquemático de un segmento de monteulo (proyección topográfica y perfil transversal coordinado a la anterior) con la indicación de la distribución relativa de su principal contenido antropológico.

en su mayor parte alineadas según el rumbo dominante del río próximo.

Las depresiones, en forma de vallecitos de fondo chato, evidentemente son restos cegados de viejos brazos fluviales,

abandonados sobre la superficie de la más baja terraza del río Dulce y todavía al alcance de las inundaciones, aunque sólo en el caso de crecidas extraordinarias. Las elevaciones, en forma de pequeñas lomadas bajas y chatas, de vez en cuando transversalmente disecadas por surcos relativamente amplios, son restos de viejos albardones levantados por los brazos fluviales que ocuparon las depresiones.

Los moradores actuales construyen sus ranchos en las partes más anchas y más elevadas de estas ondulaciones (fig. 4) y siembran pequeños maizales en los vallecitos más anchos. (fig. 2.)

De acuerdo con su origen, la mayor parte de los montículos, por su composición y estructura, corresponden al tercero de los tipos de mi clasificación (3, pág. 24, fig. 2-III). Su núcleo, por lo tanto, se compone principalmente de un limo loessoide, finamente arenoso, muy poroso y friable, de color pardo claro, en partes homogéneo, en otras apelmazado, a veces estratificado en capas irregulares y mal definidas. Como en todos los demás casos, su cubierta está formada por la capa de suelo eólico, la "tierra de viento", gris pardusca, pulverulenta al desecarse, que cubre toda la región y de la cual ya me he ocupado antes (3, pág. 22).

Como ya sabemos, es precisamente en esta cubierta de suelo alóctono, especialmente en correspondencia del dorso más ancho de los montículos, donde hallamos gran cantidad de restos antropológicos: despojos humanos, restos industriales y de comidas, y los más variados desperdicios de la actividad de antiguos moradores. Pero, las nuevas investigaciones han demostrado que aquí, en la cubierta del dorso de los montículos, sólo excepcionalmente pueden hallarse tuestos sanos, y nunca esqueletos enteros. Tuestos y vasijas ordinariamente se hallan aquí rotos, a menudo desmenuzados, y sus fragmentos desparramados desordenadamente, junto con los demás desperdicios, en el espesor del manto eólico, donde quedaron enterrados accidentalmente, por penetración pasiva o por los materiales de incremento natural o artificial del suelo mismo, como suele ocurrir en todos los yacimientos arqueológicos del mundo. Los despojos humanos, a veces también desparramados, más a menudo reunidos en pequeños montones junto con los más diversos desperdicios

de industrias y de comidas, constituyen siempre restos de entierros secundarios, realizados evidentemente allí donde el indígena había vivido. Por lo tanto, aquí verificamos indudablemente condiciones completamente análogas a las que se repiten en todos los "paradero-enterratorios" distribuidos a lo largo de ambas márgenes del río Paraná y en los albardones del tramo terminal del río Salado, en la provincia de Santa Fe.

En cambio, los hallazgos de urnas enteras y de esqueletos humanos completos se efectúan siempre fuera del dorso de los montículos, a lo largo de una estrecha zona que, con límites imprecisos, marca una especie de playa lindera entre las faldas del montículo destinado a viviendas y las pendientes de los vallecitos contiguos destinados a labranza (fig 3). Sólo recién después de haber conocido la característica distribución de tales materiales fué cuando la subcomisión científica mencionada pudo empezar excavaciones fecundas, reuniendo en breve tiempo materiales valiosos y cuantiosos. Y he de agregar que el hallazgo fué completamente fortuito y en verdad realizado por los campesinos, quienes, aprovechando un momento climático favorable por lluvias excepcionalmente abundantes, intentaron ensanchar sus pequeños maizales, ganando terreno a expensas de las faldas de los montículos: fué entonces que, en todas partes, el arado comenzó a topar con urnas y esqueletos, en cantidad.

Hallamos por lo tanto condiciones en cierto modo análogas a las que comprobamos en los paraderos de Malabrigo, en el norte de la provincia de Santa Fe, explorados, en 1923, junto con mi distinguido colega y amigo el Prof. Francisco de Aparicio (2).

Pero, en comparación con lo que se observa en los montículos de Malabrigo, en los de Santiago del Estero las condiciones aparecen mucho más complicadas. En Malabrigo, evidentemente poblados por aborígenes primitivos, cazadores y canoeros de la gran familia chaqueña (Mbayá-Guaycurú), el acervo industrial es muy pobre y las inhumaciones exclusivamente reducidas a entierros secundarios, si exceptuamos algunas sepulturas primarias de adultos practicadas subsidiariamente fuera de los montículos, en los alrededores bajos y pantanosos. En Santiago del Estero, abrigando poblaciones se-

dentarias o semisedentarias de cultivadores, a un acervo industrial mucho más rico y variado corresponde también una mayor diversidad de prácticas inhumatorias: inhumaciones secundarias directas y en urnas, inhumaciones primarias directas y en urnas, para adultos y para niños.

Hemos visto ya que las inhumaciones secundarias, directamente practicadas en el suelo de las viviendas, son las únicas que ocupan el dorso de los montículos. Todas las demás se hallan distribuidas a lo largo de las faldas de los montículos mismos, en la faja ya mencionada.

Aquí, las inhumaciones directas corresponden a individuos adolescentes, jóvenes y adultos. Los esqueletos, siempre orientados de este a oeste, se presentan en dos posturas muy diferentes. En algunos casos se hallan extendidos horizontalmente, en decúbito lateral derecho o izquierdo, con el cráneo al este, las piernas al oeste y la cara mirando al norte o al sur; las piernas (tibia-peroné) extendidas (fig. 5) o en flexión parcial (fig. 6) o completa sobre el muslo (fémur), a veces en una posición muy forzada que en el cadáver sólo pudo conseguirse por medio de fuertes ligaduras. En otros casos, en cambio, el esqueleto se halla semi-incorporado, con el occipucio, la cerviz y la parte superior del dorso al este, la cara al oeste, mirando las piernas en cuclillas, y con los brazos abiertos, apuntalando los codos en actitud forzada como si el cadáver hubiera querido incorporarse.

Las inhumaciones secundarias de adultos fuera del dorso de los montículos, son raras y siempre en urnas, al parecer construidas ex profeso: las urnas funerarias son grandes, globosas, de fondo cónico, con abertura relativamente angostas, recubiertas por una gran escudilla invertida; en su interior las piezas esqueléticas se hallan mezcladas sin orden junto con fragmentos de alfarerías, trozos óseos de animales (restos de comidas) y carbones. Corresponden, sin duda, a un tipo de inhumación frecuente entre chaqueños guaraníes.

Las inhumaciones directas de adultos en urnas son más raras aún. En realidad, hasta ahora, en la zona investigada, pertenece a este interesante tipo sólo un hallazgo único, realizado en Huilla-catina: la urna, seguramente construida ex profeso y apresuradamente, es cónico-globosa, de superficie rús-

tica, sin revoque, ni adornos, alta 69 cm., con diámetro máximo (a la altura de las asas) de 82 cm. y con una gran boca circular de 70 cm. de diámetro, sin tapa; en su interior el esqueleto llevaba una postura análoga a la de los esqueletos directamente inhumados en postura semi-incorporada: el dorso al este, apoyándose contra la pared de la urna en su parte más ancha, el cráneo reclinado sobre el pecho, los brazos abiertos con los codos apuntalados a los costados del recipiente y con los antebrazos en leve flexión apoyando las manos sobre los muslos, la cadera sentada sobre el fondo del vaso, los muslos divaricados y sobre ellos las piernas fuertemente flexionadas hasta cruzar los pies en proximidad de la cadera. Este único hallazgo provocó revuelo entre los moradores del lugar y de las localidades próximas, quienes acudieron en buen número a ver el "tuyito milagroso"; lo velaron, le elevaron preces y le pidieron gracias (fig. 9). Al preguntarles del porqué de aquel trato tan particular y tan exclusivo para ese sepulcro, me contestaron que el esqueleto debió ser de un jefe muy poderoso y rico. Sin duda, a pesar de todo, actúa en aquellas poblaciones pobres y sencillas la influencia de tradiciones que no han de ser muy remotas.

Las inhumaciones directas de párvulos en urnas son, en cambio, muy frecuentes; quizás más numerosas aún que las inhumaciones primarias directas de jóvenes y adultos. A lo largo de las faldas de los montículos generalmente forman largas series en grupos de a tres, cuatro, cinco o más urnas (fig. 8). Corresponden siempre a niños de corta edad y, en su aspecto general, recuerdan los cementerios de párvulos de la región diaguita. Sin embargo, en comparación con lo que se observa en la base de las laderas de clima relativamente húmedo de los valles calchaquíes (especialmente en las laderas del valle de Santa María que miran al este), las diferencias en los detalles son manifiestas. En efecto, diferentemente de lo que ocurre allí, en los montículos de Santiago del Estero los cadáveres de los niños no fueron encerrados en urnas especialmente construídas, provistas de dibujos rituales y simbólicos y tapadas con escudillas (pucos) invertidas, sino en vasijas de uso común, cuyo cuello fué roto cuando no pudo permitir la introducción del pequeño cadáver y luego tapado con un trozo

de recipiente cualquiera, con su lado convexo ajustado al orificio de la urna improvisada. Ellas revelan, sin embargo, una práctica inhumatoria que halla mucha analogía con la que se acostumbró en la zona de las sierras subandinas del Noroeste (en sentido de Bonarelli) y especialmente en la región de la Candelaria.

Si los ritos y las prácticas funerarias constituyen uno de los rasgos más característicos y más persistentes de las culturas primitivas, la diversidad de formas inhumatorias en la región investigada seguramente nos revelaría una población heterogénea, constituida de elementos étnicos de origen diferente. Parece confirmar esto, lo que pudo ya deducirse del examen del ambiente geográfico: los montículos de Santiago del Estero se levantan en el ámbito de áreas nodales en que se cruzan dos sistemas hidrográficos, derroteros obligatorios de migraciones humanas; uno, constituido por el curso de los ríos Salado y Dulce, procedente de la región del Noroeste argentino, el otro, formado por largas series de esteros, cañadas y bajíos anegadizos especialmente durante las estaciones más lluviosas, que bajan desde las regiones septentrionales del Chaco.

Pero, lo que más aquí interesa es que la distribución de tales inhumaciones, indica siempre que éstas fueron adaptadas a la forma de montículos preexistentes y no enterrados bajo túmulos para tal uso expresamente construidos.

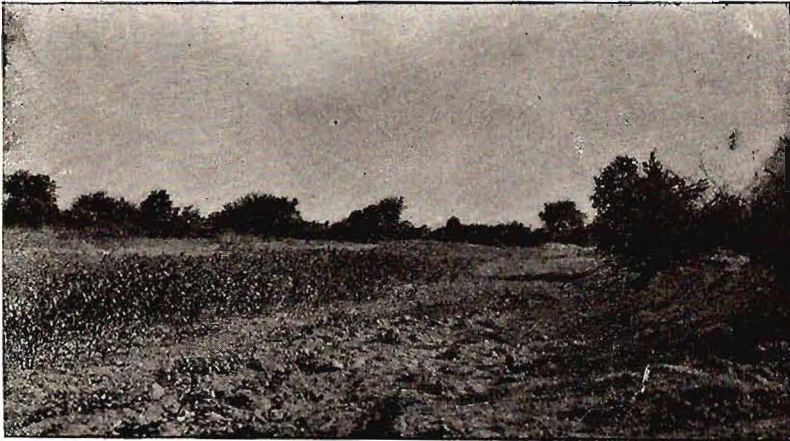
Pese a lo que antecede, no debemos descartar la posibilidad de agregaciones artificiales de materiales a la masa natural de los montículos. Más aún, debemos tener siempre presente tal contingencia puesto que, de la misma manera que hoy los pobladores echan a los montículos sus desperdicios y los materiales de eventuales excavaciones y de limpieza de sus maizales, los moradores aborígenes pudieron arrojarles la tierra procedente de las excavaciones funerarias, por lo menos la que excedía después de haber enterrado, en tanta abundancia, cadáveres y urnas, determinando así un incremento no indiferente y no superfluo del montículo mismo. Pero, esto no modifica la esencia del problema, ni puede desvirtuar lo substancial de mis conclusiones. Y añadiré también que mis investigaciones personales no me permiten concordar con mi distinguido

colega Casanova cuando cree que "existen también otros (montículos) en cuya formación ha intervenido la mano del hombre" (1, nota 2 a pág. 173), si es que con esta suposición el autor quiere insinuar la existencia, en la región de Santiago del Estero, de montículos construídos por manos de indígenas ex profeso y para cubrir sus sepulturas.

#### OBRA CITADAS

1. — CASANOVA E.; *Exégesis*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, 171 a 179. Buenos Aires 1940.
2. — FRENGUELLI J. - APARICIO F. DE; *Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo (Departamento de Reconquista, Prov. de Santa Fe)*. Paraná 1923.
3. — FRENGUELLI J.; *Los aborígenes de Santiago del Estero: el ambiente geográfico*, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II, 13 a 33. Buenos Aires 1940.





**Fig. 2.**

**Vallecito cultivado a maíz entre albardones en Huulla-catina (Beltrán).**



**Fig. 3.**

**Excavaciones a lo largo del borde oriental de uno de los albardones del vallecito anterior.**

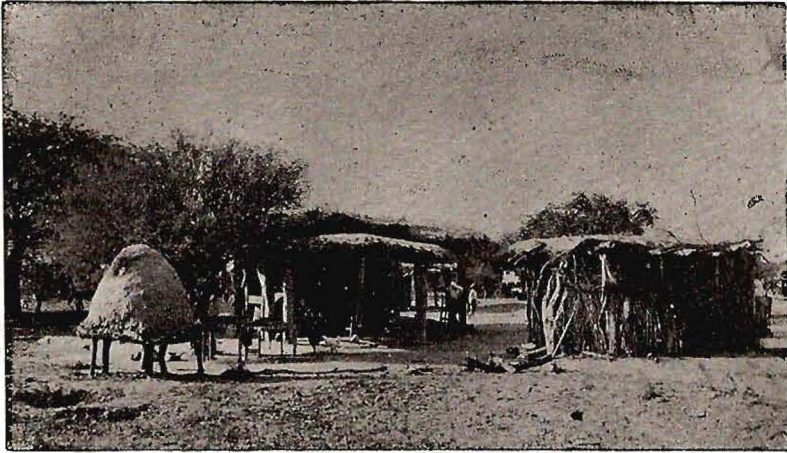


Fig. 4.

Rancho y dependencias sobre un albardón en Huilla-catina.

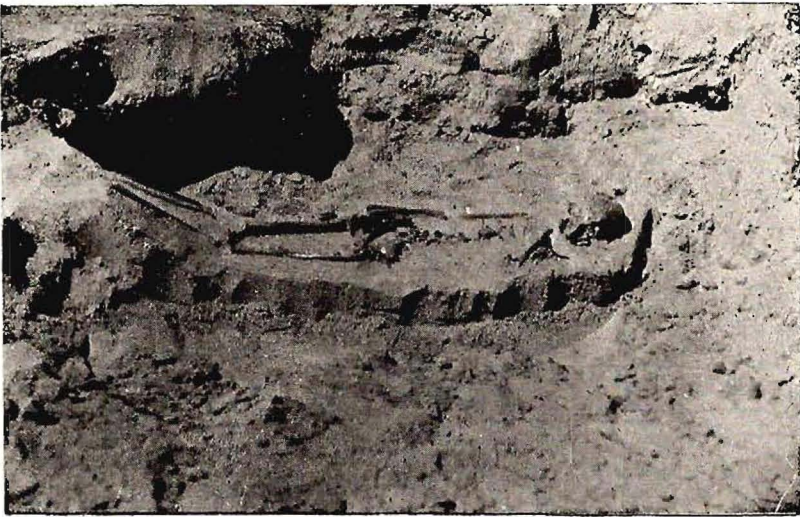


Fig. 5.

Indumentaria primaria directa de adulto al pie de la ladera occidental de un albardón en Huilla-catina.

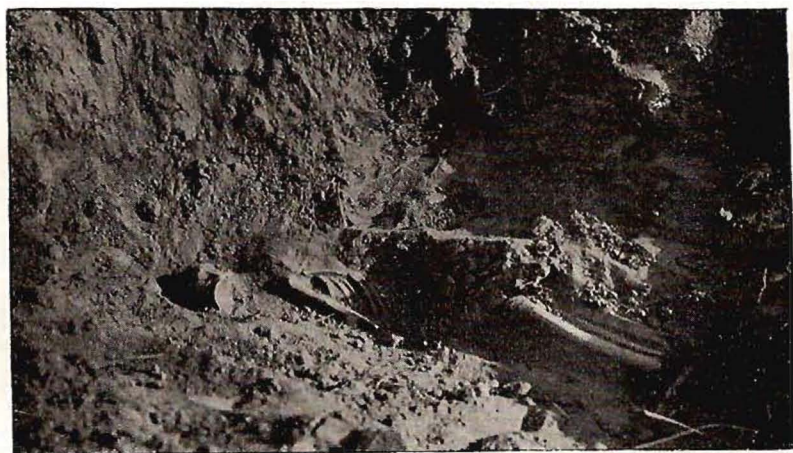


Fig. 6.

Inhumación primaria directa de adulto al pie de la ladera oriental de otro albardón en Huilla-catina



Fig. 7.

Urna para párvulo e inhumaciones primarias directas de un adolescente y de un adulto al pie de la ladera occidental de un albardón en Huilla-catina.



Fig. 8.

Grupo de cuatro urnas para entierro de párvulos al pie de la ladera de un albardón en Huilla-catina.



Fig. 9.

Parte de la concurrencia al velorio del esqueleto de adulto hallado en inhumación directa dentro urna en Huilla-catina y transportado al rancho de la fig. 4.